

CAPÍTULO XVIII

PUGNA ENTRE LA ARQUEOLOGÍA Y LA TEOLOGÍA—LA PLAYA—SALINAS ANTIGUAS Y MODERNAS—LOS DOS VOLCANES DE COLIMA—ZAPOTIÁN EL GRANDE—ROBOS EN CAMINO REAL—EN BUSCA DEL JUEZ—UN TESORO ENTERRADO—LOS DEVOTOS INDIOS DE ZAPOTLÁN—COMO SE GANAN LA VIDA—EL ARRESTO DE ÁNGEL.

EN la mejor fonda de Ahualulco (en náhuatl, "rodeado de colinas") me regalé en compañía de Ángel con la comida siguiente:

Primero: Una taza de caldo con verdura, arroz y garbanzo.

Segundo: Carne cocida.

Tercero: Frijoles.

La comida, aunque ligera, nos dejó satisfechos y el costo, por los dos, fue de diez centavos mexicanos.

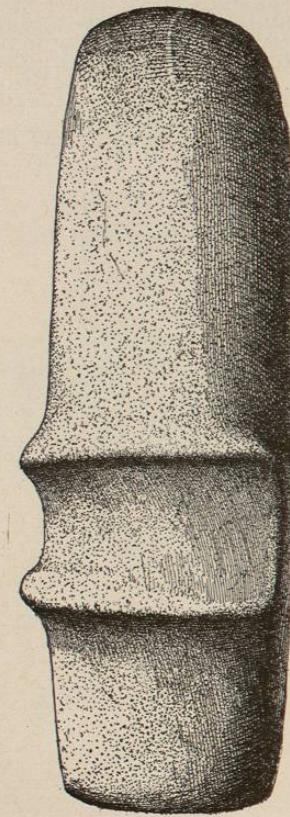
Al llegar á Tixipan supe que el padre estaba temporalmente ausente. Lo sentí tanto más cuanto que su grande afición á las excavaciones había inducido á sus feligreses á quejarse, pues cuando iban á la iglesia para algún bautizo ó cualquiera otra cosa, se encontraban muchas veces con que el párroco estaba fuera.

El terreno entre la laguna de Santa Magdalena y Zacoalco consiste de extensos y fértiles llanos y lomas al este y oeste. El nombre de Zacoalco ó Zacualco significa "encerrado" ó "sitiado," quizás por alguna guerra ocurrida por allí. Antes de llegar á dicha ciudad, pasamos junto á un laguna de agua estancada y de poco fondo, cuyos miasmas hacían muy insalubres las inmediaciones. En la noche me sentí con alguna calentura y náuseas, pero habiéndome aplicado una buena dosis de quinina y un

sudorífico, pude caminar la mañana siguiente. En la tarde temprano llegamos á la orilla de "La Playa," como designan los vecinos á una especie de hondonada como de veinticinco millas de extensión y de nueve en su mayor anchura, formada por el fondo seco de una laguna salitrosa, en algunos de cuyos lugares reaparece todavía el agua cuando ha habido fuertes y continuas lluvias. Nos detuvimos á pasar la noche en la troje del dueño de una de las varias salinas establecidas en aquel lugar.

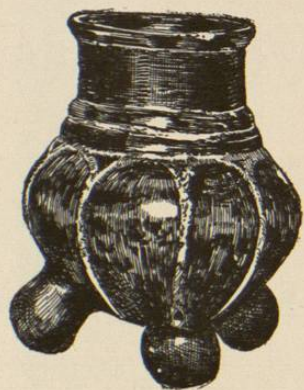
Á nuestra llegada, hállabase La Playa envuelta por una espesa niebla amarilla, pero soplabá un viento fresco. Las mañanas eran claras, con espejismos más tarde, como en el desierto. En la ciudad de Sayula (en náhuatl, "lugar de moscas") es grande la sequedad del clima, pero en mayo de 1896 cayó una tormenta en el próximo Cerro de Tepic, que derrumbó varias casas y produjo la muerte de ocho personas.

Envié á Ángel por el lado occidental de La Playa á que me comprara algunas de las antigüedades que pudiera encontrar en las casas, y entretanto crucé con las mulas el Atoyac (en náhuatl, "lugar del arroyo"). Cuando pasábamos por el llano parduzco de La Playa, uno de mis perros jadeaba de sed, pero no tuvo más recurso que seguir caminando. Atoyac es un lugar sano, provisto de excelente agua que le llega de cierta distancia por tubería de plomo.



Hacha de piedra de Atoyac, Jalisco. Longitud, 20.4 cm.

De ese punto fui á visitar algunos montículos situados varias millas al norte, cerca de la hacienda de San José de Gracia. La localidad se llama Cerro Colorado, por el mayor de los montículos, formado en realidad por una aglomeración de coesillos, que tiene como diez varas de alto, ciento ochenta y cinco pasos de largo y aproximadamente la misma anchura. Se han practicado algunas excavaciones en él, descubriéndose yacimientos de piezas de alfarería rotas, hasta de dos varas de espesor, y algunas paredes. Levanté de la superficie varios tiestos de vasijas

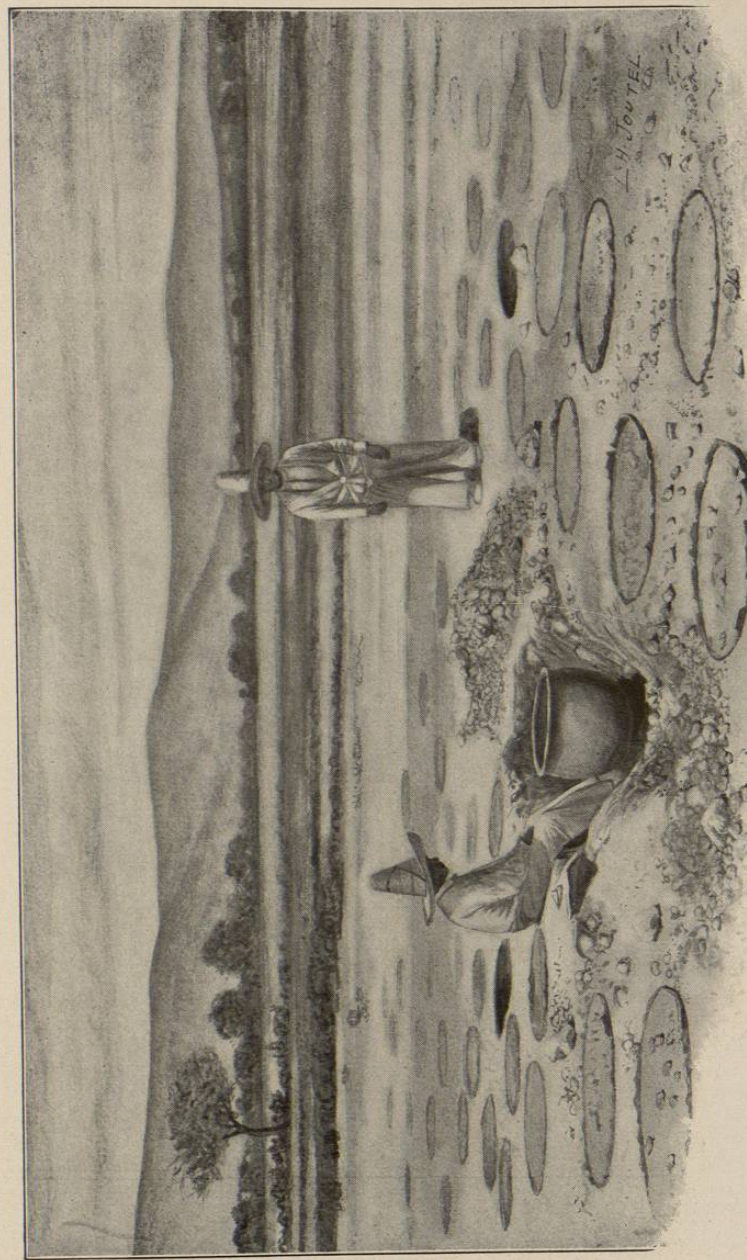


Olla de tres pies, de barro muy bien pulido, color café oscuro. Los pies representan cascabeles de víbora. De Atoyac, Jalisco. Altura, 13.7 cm.

rojos, blancos y pardos, muy bien decorados, y algunos pedazos de obsidiana. Los montículos pequeños parecían ser simples acumulaciones de cacharros, á veces de dos varas de altura.

Entre los hombres que me acompañaban en aquella excursión, iba un indio que cogía los alacranes sin que le picaran. Una vez se puso á jugar con uno pequeño y ligeramente oscuro, dejándolo correrle por las mangas y dándole vueltas entre el índice y el pulgar, acabando el animal por morir "de coraje," según dijo el indio. Me contó que á veces le picaban los escorpiones, por ejemplo, si los maltrataba mucho, lo que acostumbraba hacer cuando se emborrachaba; pero que entonces partía en dos pedazos al animalito y se lo aplicaba en la herida. Entiendo que este antídoto es comúnmente usado en la costa occidental. Hay también quienes coman mucho camote contra los malos efectos de dicha ponzoña.

Según la tradición, La Playa era antiguamente motivo de disputas entre los tarascos y los aztecas, á causa de su



Sacando ollas antiguas enterradas en La Playa.

sal. Parece que preponderó la influencia de la última tribu, pues la mayor parte de los nombres locales que encontré en mi ruta hacia el sur, continuaban siendo nahuas, y vi asimismo muchos naturales que conservan las antiguas costumbres y creencias, aunque hayan perdido el idioma. Aun en la región propiamente tarasca, hay poblaciones que tienen, además de su denominación en la lengua de su tribu, otro nombre nahua, á pesar de que los aztecas no conquistaron nunca á los tarascos.

En el extremo sur de La Playa, cerca de Reparo, me enseñaron bastantes vasijas antiguas de barro, enterradas, de las que no sobresalía más que el borde. Hubo un punto en donde conté cuarenta, hundidas en hileras bastante regulares y separadas entre sí como quince pulgadas. Extraje cuatro, todas de barro cocido de grano rojo y grueso. Eran todas de más ó menos escaso fondo, siendo la menor de siete pulgadas de profundidad. Aunque logré sacar una entera, no pude llevármela porque era demasiado frágil. Medía dieciocho pulgadas de altura por cerca de veintiuna de diámetro. El espesor de sus paredes sería de tres cuartos de pulgada é iba decreciendo hacia el fondo. Si estas ollas servían de alguna manera para la fabricación de la sal, no es posible afirmarlo. En 1880 halló un individuo en aquella parte de La Playa un ídolo de plata que pesaba trece onzas. Lo descubrió dentro de una olla cubierta con una losa y enterrada casi al nivel de la superficie del suelo. El afortunado vendió la reliquia en Sayula, á razón de ochenta y dos centavos onza!

Ascendiendo la mesa por donde pasa el camino para Zapotlán (en náhuatl, "lugar de zapotes") se domina hacia atrás una hermosa vista de La Playa. Los dos erguidos volcanes de Colima que se levantan juntos, el uno despidiendo humo, y el otro (de una altura de 14,225 pies) extinto y cubierto de nieve, aparecen más imponentes

vistos desde el sur y el oriente, que de Zapotlán. Dichas cumbres se ven asimismo bien desde el extremo sur de La Playa. Los habitantes de los pueblos circunvecinos deben el lujo de tomar nieve al Nevado de Colima, de donde recogen el hielo que necesitan para ese objeto.

La ciudad de Zapotlán el Grande, ó Ciudad Guzmán, consiste en su mayor parte de bajas casas de adobe que forman largas y angostas calles. La plaza es grande, pero se ve desierta y desnuda ahora que la privaron de sus magníficos fresnos para hacer un jardín que por la escasez del agua no prosperará nunca. El aspecto de la ciudad no es muy atractivo. Hay un hotel muy amplio, pero mal atendido. El número de mendigos de profesión es alarmante, muchos de los cuales, jóvenes y vestidos con limpieza, lo asedian á uno en la calle y en el mesón. Aun varios chiquillos practican esa industria. Fue aquella la primera vez que encontré mendigos en mi camino.

En tiempos pasados la región norte y sur de Zapotlán estaba infestada de ladrones, que se dice han desaparecido. Todavía no hace muchos años, la diligencia que recorre el trayecto hasta Guadalajara solía ser desbalijada en varios lugares durante un solo viaje. Los bandidos que llegaban al fin quitaban á los pasajeros aun sus ropas interiores, bien que con su peculiar caballerosidad permitían á las señoras que consevaran las crinolinas. Los infortunados viajeros llegaban á Zapotlán cubiertos con periódicos y las cortinas del carruaje, al grado de que siempre que se veía entrar á éste sin las cortinas en su lugar, comprendían en la ciudad lo que había ocurrido. Una ocasión consiguió una patrulla de soldados capturar al capitán de una banda de foragidos. Montando á su prisionero en un asno, lo condujeron al pueblo más próximo para entregarlo á la autoridad local, mas cuando pre-

guntaron por el juez, les contestó la gente: "Allí lo traen ustedes sobre el burro!"

Cuando se piensa en la inseguridad de la vida y de la propiedad que prevaleció en México hasta bien entrada la segunda mitad del siglo, nunca será excesivo el crédito de la presente administración por haber elevado la República, en este como en otros respectos, al nivel de las naciones civilizadas. Antes, el medio más seguro de guardar el dinero, era enterrarlo. Muchas veces morían hombres adinerados sin haber comunicado el secreto de su tesoro escondido ó dando sólo indicaciones verbales, por lo común demasiado vagas para ser prácticas, ó bien revelándolo en momentos que obligaban á quien recibía la confianza á aguardar días mejores para aprovecharse de ella. Á veces quedaban las indicaciones consignadas por escrito en documentos que había que ocultar como el tesoro mismo. Estando el conocimiento de la lectura menos generalizado que ahora, hubo papeles que permanecieron sin abrirse durante varias generaciones hasta que las señales puestas para encontrar el tesoro habían desaparecido, quedando las advertencias en la imposibilidad de ser comprobadas.

Éste parece ser el caso con un curioso documento que existe en poder de un individuo que estaba lleno de proyectos para encontrar un tesoro enterrado. Da idea de las condiciones sociales del tiempo de que data y lo reproduzco traduciéndolo al inglés hasta donde me lo permite lo iliterario del original.*

Hice una interesante excursión á los cerros del pie del volcán, donde me mostraron cerca de un rancho muchos montones de piedras, restos quizás de alguna fortaleza,

* De acuerdo con el autor, he suprimido la inserción del documento aludido, en vista de que ninguna importancia puede tener este escrito para los lectores de la edición castellana.—*Nota del traductor.*

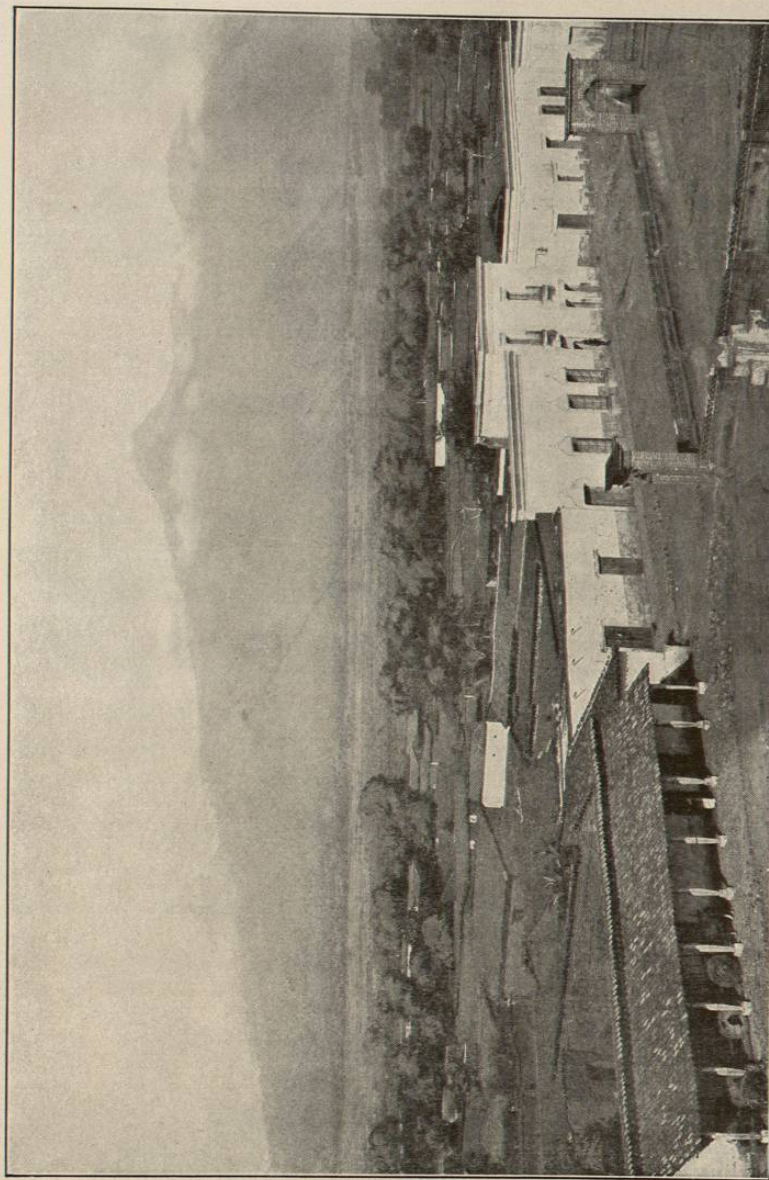
cubiertos en parte con tierra. Levanté de allí varias grandes piedras con la figura de Tlaloc, el dios de la lluvia, toscamente esculpida. En las cumbres cercanas advertí ruinas semejantes.

En cuanto á los indios de esos parajes han perdido enteramente sus antiguas costumbres y apenas se acuerdan de su lengua nativa, que era un dialecto del náhuatl: pero á pesar de esta *mexicanización*, los dioses de sus antepasados siguen rigiendo el espíritu de sus descendientes. Por ejemplo, creen que San Isidro dirige las nubes, da las lluvias y hace crecer las sementeras. Santo Santiago es un marrullero que se ha enriquecido á costa de los indios, y aunque no lo quieran, siempre se sale con las suyas, porque le tienen miedo. San Mateo es el autor del viento y las heladas.

Por lo demás, esos desventurados indígenas consumen toda su vida en trabajar para los blancos, y gastan sus salarios en fiestas para los santos. En el estreno del santo patrono de una casa, cuya imagen compran en un centavo, gastan los indios de Zapotlán, según me refirió un padre, las cantidades siguientes:

Vidrio y marco para la imagen.....	\$ 0.10
Bendición del cura.....	0.25
Dos músicos.....	12.00
Comida y tequila.....	50.00
Tres ó cuatro docenas de cohetes.....	2.00
Total.....	\$64.35

Nunca llega á desarraigárseles la antigua idea de la importancia de una fiesta. Tomando parte en ella es como asegura el indio la salud y la dicha, de donde nace la imposibilidad de conseguir que trabajen ni los naturales civilizados cuando se aproxima alguna festividad. Una vez ofrecieron á uno veinticinco centavos por cuidar la casa de un mexicano durante un día, pero se negó porque iba á



Los dos volcanes de Colima, vistos de Zapotlán, Jalisco.

una fiesta, diciendo: "Un solo tamal de la fiesta vale más de una peseta." Cuando estos indios se separan después de tales holgorios, nunca se despiden unos de otros, sino que simplemente ensillan sus mulas ó sus caballos y se van.

Entre Zapotlán y el pie del volcán habrá como unos cuatrocientos indios trabajando en los fértiles llanos de los blancos, y es curioso verlos regresar por las tardes, tan de prisa como se los permiten sus piernas, rumbo á la ciudad en diversas direcciones, desde una distancia de diez millas ó más. Al amanecer tienen que volver á su tarea; de suerte que recorren diariamente unas veinte y tantas millas además de trabajar regularmente doce horas; y todo, ¿para qué? ¡Para ganar su sustento, por veinticinco centavos de jornal diario, de la tierra que poseían sus antepasados! ¿Qué blanco podría resistir esa vida? El cariño que los indios tienen á sus amos se revela en esta palabra con que los designan: *coyotes*.

Mientras me detuve en Zapotlán buscando gente para continuar mis peregrinaciones, eché de menos á Ángel una mañana. En la tarde recibí una carta suya en que me avisaba que lo habían aprehendido por sospechoso al salir á comprar cigarros, y me pedía que abogase por él. Me bastó, por supuesto, hablar al prefecto para que lo mandara poner en libertad.